

Esta última anomalía fué la que más vivamente impresionó a Matilde Landaluce, para quien la vaguedad del conjunto no aminoraba la precisión de sus detalles.

Claudio Antúnez era un genio *macho*, como Esquilo y Shakespeare: las figuras de sus cuadros eran grandes, sugestivas, ricas en expresión y colorido; sus mujeres parecían arrancadas de los lienzos de Rúbens o de Rembrandt; carnes marmóreas, pomposas y suaves como el alabastro, a quienes la pátina del tiempo no pudo robar su matorrosa frescura. Si pintaba retratos, sobresalía como un discípulo aventajado de Velázquez o de Pantoja: los tonos oscuros de la escuela italiana no le seducían, pero a cultivar el género místico, hubiese emulado a Zurbarán o a Ribera. Su genio desigual, levantisco, lleno de ardores y de impaciencias meridionales e incapaz de perfilar demasiado los detalles, no hubiera podido refrenarse y concebir los bajo relieves del Partenón, pero seguramente hubiese hecho algo, semejante a las Pirámides, supliendo así, con la magnificencia del conjunto, la flojedad de los accidentes. Si pintaba un paisaje, ofrecía un campo tapizado de hierba, una casita blanca rompiendo el verde follaje de los árboles inmediatos y un cielo muy azul, bañado en torrentes de luz meridiana; si una marina, despreciaba el gran recurso que ofrecen al artista los accidentes de la costa, y presentaba el Océano en toda su augusta majestad, sin horizontes, unas veces risueño y acariciador, otras encrespado y rugiente; pero siempre solo, sin barreras que refrenasen su poder, con sus olas verdosas y bravías coronadas de espuma, bajo un cielo inmenso como el mar y como él, alegre o ceñudo; eran las dos únicas majestades que Claudio reconocía y gustaba de presentarlas frente a frente, desafiándose a continuar la sempiterna epopeya de

sus combates; y si pintaba cuadros de género, que eran sus favoritos, todas las figuras tenían una belleza clásica incomparable. Era un artista pagano; las mujeres de Murillo le inspiraban tedio, y asco los bufones de Velázquez, con sus rostros abrutados y sus piernecillas torcidas: estaba más cerca de Miguel Angel que de Rafael, y mejor hubiera retratado a Nana Saib, el atlético bandido de las pagodas, que al Bobo de Coria; comprendía los delirios siniestros de Ribera y hasta se creía con alientos para igualarle, pero se ahogaba ante las miniaturas de Madrazo; mosaicos retocados, complicadísimos, llenos de minucias inextricables, como los tapices venecianos del siglo xv.

Su cuadro de Dante imprimió nuevo derrotero a su inspiración, pues, contra lo que de un pintor realista podía esperarse, aquel asunto fantástico compendia perfectamente la ficción dantesca. Para todo este mundo disparatado, su imaginación encontró colores, actitudes y expresiones que representaban gallardamente los espectros de aquel lienzo quimérico: mandíbulas dislocadas, riendo con una carcajada histérica eterna, miembros descoyuntados, chorreando sangre: ojos enormes abiertos desmesuradamente por el dolor o el miedo brillando entre las sombras como carbunclos... Y en el aire, Beatriz, personificación del amor ideal, sentimiento místico que Claudio no comprendía; y más allá un grupo de ángeles blancos, jugueteando en un rayo de luz divina.

Aquel cuadro, por sí solo, nada significaba; pero lo que alarmó a Matilde, fué la súbita afición de Claudio a los asuntos disparatados: era una manía estúpida, que estropeó en poco tiempo sus verdaderas aficiones, como aquella que dominaba a Doré, cuyo genio, extraviado por el opio, representaba, sin procurarlo, serpientes en las ra-

mas de los árboles y en los celajes, rostros humanos.

Esta perversión de su gusto artístico, coincidió con otras rarezas de su carácter. Claudio dejó de reír, preocupado por un desasosiego anónimo, que bien pronto se afirmó y robusteció; hasta entonces, jamás había padecido barruntos de tristeza. Dotado de un genio enérgico, que avasallaba con poquísimo esfuerzo a las medianías; hermoso, con gallardía varonil, que secuestraba las voluntades femeninas; galante y presumido, pero sin que su presunción ni su galantería degenerasen en afectado buen tono; descarado con los hombres y locuaz y gaitero con las mujeres, tenía la superabundancia vital, la plétora de energías físicas y morales, que desbordaban de su persona como torrente de alegres notas. Ni en su cuerpo hicieron presa las enfermedades, ni su carácter despreocupado admitió pesadumbres. La vida es la adaptación de los arcos internos a los externos, lo cual supone una lucha constante entre el sujeto y el medio; cuando éste triunfa, alterando el equilibrio, el individuo sufre dolores, nostalgias; y si el sujeto se impone, merced a una mayor acumulación de fuerzas vitales, la salud del cuerpo y la tranquilidad y regocijo del espíritu, son perfectos: el mundo reclamando sus presas para empujarlas al torrente circulatorio de la vida universal, representa el dolor, las lágrimas, la muerte; el sujeto, luchando por la existencia y venciendo, simboliza la alegría, el placer y la risa; por eso la risa es excelente, porque supone acumulación y desbordamiento de energías.

Claudio Antúnez siempre había sido dichoso, aun en sus épocas de negra bohemia, y nadie gozó con más intensidad que él del deleite de vivir. Jamás padeció el influjo depresivo de ninguna negación de la fe; ni sufrió tampoco la fealdad,

que es negación de la belleza, ni la cobardía, porque era valiente con ese aplomo que da la convicción de la propia dignidad; ni la envidia, porque nunca imaginó que los triunfos ajenos deslustrasen los suyos; ni la tristeza, que es la tétrica, anémica y ojerosa negación de la alegría, porque las asechanzas del pesar rebotaban sobre la recia cota de malla de su despreocupación. Hasta en su regocijo brillaba su carácter franco y leal; reía sin disimulos, a carcajadas, como un niño en un teatro de fanteoches; la sonrisa incisiva, volteriana, que sólo contrae las comisuras labiales, Claudio no la conocía. Siendo pobre, se burlaba de su miseria y del amigo que acudía a remediarle; cuando fué rico, continuó riendo con mayor gana: no comprendía las tristezas de Leopardi, llorando en sus versos su fealdad; ni las nostalgias de Heine, cantando traiciones y veleidades amorosas; ni al pesimista Schopenhauer, atormentado por lo que él llamaba la conjuración del vacío. El mundo le parecía hermoso, y él, que navegaba embarcado en sus esperanzas, sólo vivía para gozar, sin dudas, ni envidias, ni pesares, y si el misticismo le hubiese atraído, sólo hubiera tenido un altar y en ese altar a Momo, el dios de la risa.

Mas cuando los excesos sensuales derrotaron la tonicidad de su organismo, la idiosincrasia moral cambió; el deleite, fatigando las energías medulares, provocó una irritación en las células periféricas; los abusos alcohólicos actuaron perjudicialmente sobre el cerebelo y por reflexión en el cerebro, harto fatigado ya por el trabajo y las vigiliadas prolongadas con auxilio del café y del tabaco; no había proporción entre los ingresos y los gastos de fuerzas vitales y pensantes; empobrecióse la substancia gris, disminuyeron la ac-

tividad nerviosa y la circulación sanguínea, y sobrevino la anemia.

Aquella primera *negación* física, fué a modo de plantío fecundo y ubérrimo, del cual brotaron a granel multitud de neurosis, y fué perdiendo el arrebató, la fe en su genio, la sed de gloria, la alegría; y tornóse hipocondríaco, ensimismado, con un mutismo que perjudicaba la exaltación interna del pensamiento; y como esta postración convivía con su mayor afición a Punto-Negro, resultó que a ésta convergieron cuantas energías empleaba antes en empresas diversas, cual si Matildita Landaluce fuese la vorágine de un remolino.

Paulatinamente fué olvidando a sus viejos amigos y sus malas costumbres, y encarrilándose en una vida señera y juiciosa, y aburriéndose en todas partes, acudía a Matilde, ansioso de solaz y de grata conversación: ella siempre le recibía amorosamente, demostrando muchos deseos de hablar, y desplegando, para engatusarle, maleantes y gitanescas truhanerías a todo ruedo.

Rara vez hablaron de Amparo Guillén, pero Matilde la temía, porque así como el vicio de la ostentación suele vestir en ciertas damas aristócratas la máscara del altruismo, así la compasión suele disfrazarse en los hombres con el antifaz del cariño, y en el número de las desgracias posibles estaba, por tanto, el que aquellas relaciones insípidas condujesen al altar. De estas dudas procuraba curarse interrogando mañosamente a Claudio, quien exasperado por las soserías de Amparito y las discretas travesuras de Punto-Negro, vaciaba su corazón confesándose apasionadamente, como un devoto de buena fe.

—Reconozco—decía—que es una mujer buena y muy bonita capaz de satisfacer a cualquier hombre menos exigente que yo. ¿Cómo explicar estas inconsecuencias mías? Yo deseaba que mi

mujer fuese dócil y Amparo lo es como una esclava enamorada de su dueño: si la trato con dulzura, me quiere; si la trato mal, me quiere más, y estoy seguro de que no hay en su cuerpo una gota de hiel para mí: vive pendiente de mis ojos, de mis palabras, sin ideas, ni voluntad, esperando a que yo ría para reír... Y además de ser buena y dócil es bonita. ¿Puedo hacer una apología más brillante de sus atractivos?... Y, sin embargo, no la quiero; su cariño es soso, inexpressivo, mudo, como el que se profesan las palmeras; su docilidad me parece resultado de la miopía de su entendimiento, que cede a mis deseos, no porque piense como yo, sino porque no piensa, siguiéndome pasivamente, como el furgón de cola sigue al tren. Estos defectos, ¿están en ella? ¿Son imaginarios y viven en mí?... ¿Qué importa?... ¡Ay!... yo sería feliz si Amparo me olvidase por otro...

Matilde procuraba consolarle diciendo que aceptase a Amparito, pues era probable que el cariño engendrado por el trato fuese aminorando su justificada antipatía, y con pasmosa sutileza, salpicaba sus consejos de frases que derribaban lo que fingía defender.

—El destino nos ha separado—decía—, y es inútil luchar contra él; ¡Si yo fuese libre y de mis actos no dependiese la vida de mi madre, única persona que comparte contigo los rinconcitos de mi pecho!... yo lo dejaría todo por seguirte, pues como a mi voluntad no la mueve la ambición, a mi virtud no la desmoronan dádivas. En esto, sin embargo, no pensemos; cástate con Amparo, ya que tu caballerosa hidalguía y tu compasivo corazón así lo aconsejan, pero no me olvides... ¡Yo te hubiera también amado tanto!...

Así, continuaba, unas veces quejándose de su fortuna, otras mordiendo a Amparito con sus sá-

tiras, pero siempre mesuradamente, como temiéndola. Antúnez la escuchaba arrobado por aquel epitalamio que la peritísima y gentil cantarina decía pulsando todas las cuerdas del sentimiento, desde la más infantil a la más romántica; admirando sus ademanes de seductora llaneza, los mohines de su boca, la expresión tierna, ingenua o apasionada de sus ojos, maravillado de ser dueño de un tan rico manojito de encantos; y aunque no era ni rico ni manco del entendimiento, no podía apreciar los sofismas de que la joven se valía para atraerle, ni el regalado artificio con que desplegaba la red barreada que en su fértil ingenio tenía para pescar y rendir corazones.

—No quiero oírte discurrir de ese modo—decía el pintor—, ¿olvidaste lo que hemos tratado?... ¿Y nuestra hija?... ¿Es creíble que renunciés a ella por mi bien?... Te aseguro que mi salvación esta ahí, precisamente en esa niña que mi pasión se afana en arrancar a tus entrañas dormidas...

Ella le acariciaba dándole suaves cogotacitos y besándole cariñosa y relamida como un gozquecillo: todo lo olvidaban, su risa espantaba sus penas, y la borrosa figura de Amparo Guillén huía de aquella habitación donde ellos derrochaban su amor con la prodigalidad del que sabe de antemano la riqueza inextinguible del venero.

El verano pasó sin que ningún nuevo incidente desagradable turbase la monotonía de las noches, y cuando empezaron los fríos otoñales, la casualidad preparó los acontecimientos de suerte que Matilde Landaluce reconquistase su antigua libertad.

Ello fué que acertó a visitarla una señora muy devota, a quien doña Carolina y Pablo Estrada tenían en grande estima; se habló de la miseria

que asolaba Andalucía y de los socorros que iban a enviarse. La señora se enfureció diciendo que pobres había en todas partes, y que el Gobierno, ya que se mostraba tan filántropo, debía empezar remediando a los menesterosos de Madrid. Entonces supieron que dicha señora pertenecía a una asociación benéfica que varias damas principales, vecinas de los Cuatro-Caminos, habían formado bajo la advocación de un santo influyente.

—Ustedes no pueden figurarse—decía la buena mujer—lo que trabajamos; la obligación que nos hemos impuesto es durísima y hasta peligrosa, porque muchas veces ignoramos con qué gentes hemos de habérnoslas; pero, en cambio, las bendiciones de esos infelices que, merced a nosotras están vestidos y alimentados, nos hacen olvidar las amarguras y penalidades de la jornada. ¡Eso hay que verlo!... Estamos muy bien organizadas; tenemos una presidenta, elegida por sufragio; vicepresidenta y una secretaria, que anota los ingresos y los gastos que se hacen diariamente, y de los cuales rinde cuentas ante la junta general; estos son los tres cargos que constituyen la dirección; además hay el de inspectora, que es el peor. Las inspectoras son ocho y estamos encargadas de ir de zoco en colodro averiguando la vida y milagros de cada vecino, para evitar sorpresas y no confundir la miseria aparente, nacida de la holganza y del abandono, con la verdadera necesidad...

Todos reconocieron que doña Sofía era una mujer de altísimo mérito, caritativa y trabajadora, y Matilde, que se había quedado pensativa, preguntó:

—¿Es numerosa la asociación?

La interpelada hizo un gesto doloroso que contrajo los músculos de su moffetudo semblante de vieja devota.

—No, hija mía—dijo—, desgraciadamente no llegan a cuarenta las personas inscriptas; pues aunque cada cual da mensualmente lo que puede, la caridad impone sacrificios terribles, personalísimos... Estos asuntos requieren un tacto especial; no hay nada tan frágil como el orgullo de los pobres honrados. Si va usted a girar su visita vestida de trapillo, la estiman en poco; si lleva usted sombrero y falda de seda, empiezan a murmurar, creyendo que vamos a insultarles con nuestra riqueza... ¡Y si nouviésemos otra misión que la de enjugar lágrimas!... Pero a veces topamos con mujeres groseras o con hombres soeces, a quienes el dolor ha quitado todo recato...

Calló, impresionada por sus recuerdos. Matilde Landaluce aprovechó la ocasión para decir:

—Pues cuente usted con una compañera más; yo quiero pertenecer a esa asociación.

Doña Sofía demostró un júbilo extraordinario, y Pablo Estrada alzóse de hombros, significando con aquel gesto ambiguo que no desaprobaba el deseo de su esposa. Fué asunto resuelto y aprobado y doña Sofía se marchó satisfechísima quedando en presentar a Matilde Landaluce a las tres señoras que formaban la junta directiva de la benéfica asociación.

Aquella filantrópica determinación fué el pretexto hallado inesperadamente por Punto-Negro para pasear a su antojo, sin que ni Pablo, ni doña Carolina, pudiesen estorbarla; y aunque la visita sólo se giraba en el barrio, siempre esperaba tener facilidades para huir a Madrid, o mover a Claudio a buscar por aquellas inmediaciones un cuartito donde pudieran reunirse con toda reserva.

De esta serie de felices coincidencias habló Matilde al pintor la primera vez que se vieron, y al fin, tras mucho discutir y a fuer de mujer benigna y conciliadora, convino en que unas ve-

ces vendría ella a Madrid y otras iría él a Cuatro-Caminos, repartiéndose así, equitativamente, las molestias del viaje. Todo se hizo según Punto-Negro lo dispuso; Claudio continuó, como hasta allí, sirviéndose de la buhardilla de Antonia Carrasco, y en el Paseo de Santa Engracia, muy cerca de la Glorieta de Cuatro-Caminos, encontró una sobajañí corredora de alhajas, alegre y despreocupada como todas las de su oficio, que le cedió una habitación amueblada con un mirador desde el cual se veía un bonito paisaje.

En aquel nuevo escondrijo, continuaron cosechando el agosto y aun la vendimia de su amor, y así fueron pasando el invierno, sin temores ni grandes contratiempos, cohibidos únicamente por dificultades de poco fuste que, una vez vencidas, servían de poderoso acicate al apetito.

Los excesos orgiásticos de aquella germinación amorosa, agravaron la neurosis del pintor; trabajaba sin deseos, mediante un esfuerzo voluntario muy grande; comía poco, dormía mal y su carácter, de alegre y decidor, tornóse zahareño y arisco. Claudio tenía encerrado el pensamiento en un círculo estrechísimo: su amor y sus cuadros; una pintura amanerada, falta de asuntos y pobre en colorido, informada por un amor enfermizo de neurótico. Matilde, en aquel período, lo era todo para él: la mujer insustituible, la musa inspiradora, la visión truculenta de sus noches...

Pero nada le preocupó tanto como el inexplicable desasosiego que le acometía no bien estaba en una habitación cerrada; era una sensación dolorosa de ahogo, una opresión creciente, cual si una máquina pneumática invisible fuese enrareciendo el aire. Claudio había oído hablar de la claustrofobia o terror de los espacios cerrados; pero estaba muy satisfecho de la solidez de su ce-

rebros, y todo aquello lo atribuyó a un desarreglo cardíaco pasajero. Esta nueva neurosis, sin embargo, continuó aumentando; en la calle nunca le acometía, pero en su estudio tenía que sentarse a trabajar con la puerta abierta, y muchas noches, estando ya acostado, se veía forzado a levantarse para abrir la ventana, y entonces sentía un bienestar íntimo, respirando a pleno pulmón, mientras sus miradas recorrían gozosas el espacio.

Deseando Antúnez procurarse algún entretenimiento que amenizase el monótono programa de su vida diaria, trató de corregir la miopía intelectual de Amparito Guillén, ya que las flaquezas de su corazón le sujetaban a aquella niña.

Amparo era una masa de carne movida por una pasión única: su cariño hacia Claudio. Para ella, ser buena era ser tonta, carecer de deseos, ceder siempre a todo con resignación beatífica; por eso no cuidaba de ser discreta ni graciosa, ni de adobar ni pulir su persona para parecer bonita, porque esto suponía iniciativa, impulsión hacia algo, y no armonizaba con la tontería y el desaliño que ella imaginaba deben tener las mujeres honestas. Como su cerebro no era susceptible de contener dos ideas, su corazón tampoco podía guardar dos afectos: antes sólo amaba a su madre, y cuando conoció al pintor, olvidó a su madre para mejor pensar en Claudio: le quería con la ceguedad del cerebro que no discurre, porque no tiene motivos diversos que le distraigan; y, midiendo los alcances de su novio por los suyos, no pensaba en divertirse, ni atraerle, suponiéndole dichoso a su lado y transido de amor por ella. Sus aficiones armonizaban con su ecuanimidad: repugnaba todo lo que supusiese fuerza o movimiento, y se divertía en coser, bordar y hacer flores, ocupaciones

tranquilas que la costumbre le permitía ejecutar mecánicamente.

Esta pereza, matriz de su incurable sosería, afeaba su conversación. Hablar bien supone pluralidad de conocimientos y de palabras, y un esfuerzo mental para servirse de ello oportunamente. Amparito hablaba con el menor trabajo posible; sabía alrededor de cien voces y este menegado caudal filológico le bastaba para darse a entender, de suerte que las ideas nunca se concretaban en su pensamiento, ni había graduaciones entre ellas; discurría de un modo indefinido, borroso, como los niños, y esto se revelaba en su discurso, que era vago, heterogéneo y sin detalles salientes ni que supusieran un esfuerzo imaginativo mayor. Refiriéndose al pasado jamás precisaba fecha y decía: *una vez...* si al presente, decía: *hoy...* cual si las nociones de mañana, tarde y noche, se resistiesen a acudir a su memoria; y si hablaba de árboles o de flores, usaba los conceptos genéricos, *árbol* y *flor*, sin concretar jamás las especies.

Todas las impresiones las clasificaba en dos grupos: bonitas y feas, según le agradasen o no, de suerte, que para ella había paisajes y olores bonitos y sabores feos. Como era incapaz de atención, desconocía el nombre de las calles, y si Claudio la interrogaba acerca del sitio adonde hubiese ido a pasear, Amparo no sabía qué responderle.

—No sé—decía—, por ahí... fuimos; pero, hijo, yo iba tan cansada, que iba muerta... y nos vinimos corriendo; yo no podía más y la dije a mi madre: vámonos, vámonos corriendo, que yo me muero; y nos vinimos...

Si Antúnez la acosaba rebuscando sus impresiones, ella fruncía el entrecejo o arqueaba las cejas, revelando con aquellos gestos sus esfuer-

zos mentales; y si el paseo le había parecido feo, bonito o largo, siempre lo expresaba del mismo modo, valiéndose de un adverbio comparativo que quedaba sin resolución: — «¡Más largo... más bonito... más feo!...»

El tiempo pasaba, y todo, en apariencias, siguió igual: ni Matilde se resolvía a satisfacer al pintor fugándose con él, ni Amparito cuidaba de escamondar su ingenio para evitar las soserías que Antúnez la reprochaba; y Claudio continuó padeciendo la ineluctable esclavitud a que aquellas dos mujeres le obligaban; sufriendo por la una y aburriéndose con la otra; torturado por los celos, y abatido por el hastío, el continuo trabajo y la sensualidad insaciable de Punto-Negro.

Claudio procuró orientarse en aquel inextricable laberinto de encontrados afectos. Matilde Landaluce era el tiranuelo de sus pensamientos, pero también Amparito le atraía con su abnegación y los encantos de su virginidad no gozada. ¿No sería el cariño de aquella inocente, el primer paso positivo dado hacia su futura redención?... Si Matilde le quería tanto, ¿por qué no renunciaba a todo para irse con él?... ¿No era doña Carolina, quizá, la pantalla que Punto-Negro utilizaba para encubrir su interés y su desamor?...

Entonces Antúnez creyó que debía imitar el ejemplo de su querida, buscando algo nuevo que le distrajera: nada más fácil que casarse con Amparo Guillén y alquilar un hotelito que reuniese cuantas comodidades estuvieran al alcance de su modesta posición: Matilde continuaría siendo para él, lo que siempre fué, y así viviría, contentándose con aquellas migajas de felicidad, ya que no podía conseguir otra dicha mayor.

En todo esto discurría Claudio por las noches, escuchando a los vecinos que ocupaban la habitación situada encima de la suya. Era un ma-

trimonio joven, con un hijo de corta edad, y el pintor sufría comezones extrañas oyéndoles hablar y besarse. Ella se acostaba a la misma hora que Antúnez; su marido volvía más tarde. Claudio, metido en su lecho, permanecía con los ojos muy abiertos, cual si pudiera ver a través del techo lo que arriba sucedía: escuchaba a la mujer ir de un lado para otro, el crujir de sus enaguas almidonadas cayendo al suelo, y la viciosa imaginación se la representaba entonces en camisa, con el seno y las redondas caderas desbordando del corsé: después la sentía orinar, produciendo un ruido clarísimo, alegre, de agua corriente, que repercutía en la quietud de la noche como si el piso fuese el parche de un tambor; y en seguida la oía subir al lecho, y el gemido de los muelles del colchón cediendo al peso de su cuerpo.

Todo quedaba en silencio hasta que el marido volvía: entonces la joven brincaba del lecho; sus talones desnudos producían, cayendo sobre el suelo, un estremecimiento seco, y luego sus pisadas se alejaban lentamente; pasos sigilosos de mujer que camina a oscuras. Después entraban los dos en la alcoba, y el tálamo volvía a crujir; era ella que se acostaba, acoquinada por el frío: él hablaba alto, tosía, pisaba recio y reía a carcajadas; siempre venía alegre y con deseos de prender la hebra con su mujercita... Claudio le sentía quitarse las botas, que caían al suelo con estrépito, y acercarse a la cuna para besar al niño, y la voz de la madre que gritaba colérica: — ¡Hombre, no lo despiertes...!

Claudio Antúnez se dormía pensando en el placer que su bullicioso vecino experimentaba ensabanándose en aquel lecho blando que el cuerpo de su hembra había calentado, comparaba aquella felicidad, cuyos regocijados murmullos llegaban a su fría alcoba de soltero, con su vida monótona,

tan pobre en afectos; y oyendo el vaivén de aquella cunita, recordaba al hijo que su pasión quiso engendrar en las estériles entrañas de Punto-Negro, y en que acaso Amparito Guillén satisficiera aquellos deseos de paternidad.

Paulatinamente el pintor fué aficionándose al matrimonio y hallándolo indispensable a su tranquilidad. En sus conversaciones con Matilde Landaluce deslizó ciertas frases en este sentido, anunciando como una probabilidad lejana su enlace con Amparito; la joven le miraba atentamente, y engañándose acerca del alcance cierto de aquellas palabras, alzaba los hombros en señal de sumisión.

—¡Cásate, si gustas!—decía—: yo no he de oponerme a tu boda, porque el cariño no me da derecho para tanto...

El pintor no insistía, temiendo empujar sus explicaciones demasiado lejos, y todo quedaba así. Pero un día se atrevió: fué a casa de Antonia Carrasco; un pequeño incidente le infundió el valor que siempre le había faltado y se confesó de golpe, antes de arrepentirse. Ella le miró de hito en hito, escrutándole el pensamiento con los ojos, mas sin contestar, dudando aún.

—Sí, sí—agregó el pintor respondiendo a aquella mirada—; es asunto convenido.

Entonces la joven, hasta entonces desconfiada y remisa, cedió, persuadida por un mohín de disgusto que contrajo los labios de Antúnez.

—Pero, ¿es posible?...

Palideció y dos lágrimas brillaron en sus párpados.

—Sí, Punto-Negro — repuso Claudio vacilando—; es verdad... Me voy a casar...

Matilde Landaluce volvió a su hotel trastornada por aquella aceda confesión, tan breve, tan dura, que resonaba en sus oídos silbando como un cohete encendido...: — «Punto-Negro, es verdad... Me voy a casar...»

Por primera vez sintió gravitar sobre ella la mano del Destino, arrebatándole su único amante, condenándola al tremendo suplicio de no querer. Aquella noche estuvo nerviosísima, y después de cenar, mientras Pablo trabajaba en su despacho escribiendo varias cartas urgentes, subió a su habitación y se acostó vestida; pero en aquella posición se ahogaba, cual si las vísceras ventrales se hubiesen precipitado sobre la laringe impidiendo la entrada del aire en los pulmones, y sus sienas latían con pertinaz martilleo. Entonces se levantó, arropóse en su mantón y abrió la ventana.

La noche, aunque de invierno, era tibia; las estrellas brillaban intensamente; la luna bañaba los campos con efluvios suaves de claridad lechosa; ni un ruido importuno, ni una ráfaga de aire frío en la tierra; ni una amenaza en el cielo. Matilde acarició con sus manecitas de muñeca su frente ardorosa, gozando la grata impresión del aire libre; luego avanzó de puntillas sobre el zinc de la azotea y fué a apoyarse en el alféizar, oteando la explanada y procurando abarcar la máxima cantidad posible de cielo; después su fantasía se perdió en una meditación de filósofa atea.

Pensó en los mundos que rodaban a millares de leguas y que aparecían, por la distancia, tamaños como luciérnagas: y en la Luna, aquel asteroide muerto, cuyas secas llanuras y picachos es-